

Juega con los colores: “¿Cuál es el pájaro amarillo/ que llena el nido de limones?”. “¿Cuántas iglesias tiene el cielo?”. Las posibles respuestas danzan entre los campos y las nubes.

“¿Por qué se suicidan las hojas/ cuando se sienten amarillas?”. Tal vez es una invitación a recordar los pigmentos vegetales. La clorofila, xantofila y carotina, etc.

“¿Qué dice la vieja ceniza/ cuando camina junto al fuego?”. Manuel Machado y su hermano Antonio dijeron que un hombre acarició la ceniza apagada, y ahí se quemó las manos. He ahí una lírica metáfora.

“¿Cómo agradecer a las nubes/ esa abundancia fugitiva?”. Los filósofos griegos dijeron que las nubes que nosotros veríamos son las mismas que ellos observaron.

En esta selección del *Libro de las preguntas* hay comienzos de poemas breves, a veces interminables. “¿Y qué dijeron los rubíes/ ante el jugo de las granadas?”. Los investigadores actuales han descubierto que, en la naturaleza, se ofrecen seis sistemas de cristalización.

“¿Es verdad que el ámbar contiene/ las lágrimas de las sirenas?”. Y también residuos intestinales de los cachalotes, cuya alimentación son los pulpos.

Las preguntas del gran Neruda son casi interminables, porque en cada una de ellas se entrelazan otras. Las respuestas son infinitas, caprichosas.

Sin duda esas interrogaciones fueron escritas en momentos diversos, como expansiones líricas.

Bella la presentación del libro, analíticas y profundas las palabras que el profesor Hugo Montes desliza en su Comentario.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At458-25TELM10025>

TEATROS (Prosa desconocida de Rubén Darío)

Compilación y notas de *Julio Saavedra Molina*

Ediciones Rumbos. Santiago.

La señora María Consuelo Saavedra Jarpa, hija del eminente erudito y maestro Julio Saavedra Molina (1880-1949) ha tenido la feliz idea de publicar, en cuidadosa edición, diez crónicas de Rubén Darío relativas al teatro, rescatadas y analizadas por su padre, con abundante bibliografía. El poeta publica sus glosas periodísticas con seudónimo o sin firma, en 1886, cuando terminado el período presidencial de Domingo Santa María, asumía la Presidencia de la República José Manuel Balmaceda, en cuya figura intuyó Rubén Darío un aura trágica. En ese mismo año llega a Chile a representar su teatro francés la eximia actriz Sara Bernhardt. Santiago contaba entonces con 190 mil habitantes y los señores Augusto y Eduardo Matte se apresuraron en finalizar los trabajos del teatro Santiago, del cual eran dueños, para que allí interpretara la gran actriz.

La obra actualiza, como es obvio, la personalidad del notable estudioso que fue Julio Saavedra Molina y hace pensar en algo que no ha sido suficientemente divulgado:

Es probable que la devoción de Darío por la literatura francesa y en especial por su poesía, se haya cimentado en este teatro francés que vio siendo muy joven en Santiago de Chile. Darío nació en 1867 en Metapa, Nicaragua, y en 1886, a pesar de contar sólo 19 años, poseía la capitalización cultural del genio a quien le es posible respirar con los clásicos griegos y latinos, sin más información que la lectura de unos cuantos manuales.

El poeta chileno Francisco Contreras, autor de una de las mejores biografías del poeta, vio escribir a Darío el *Coloquio de los Centauros* en un tiempo escaso y con muy limitada documentación. Julio Saavedra Molina descubre, por su parte, la fervorosa admiración del poeta por el notable francés avecindado en Argentina, Paul Groussac (1848-1929), autor de *Fruto Vedado*, 1884, obra de imaginación que seguramente conoció Darío. En el teatro de Sarah Bernhard y en la obra del francés de Toulouse, Paul Groussac, vastamente estudiado por la crítica argentina, habría que establecer las raíces del "indio triste que nos enseñó a cantar", según otro decir apresurado.

Con sus prolijas y sabias indagaciones, Julio Saavedra Molina replica a la sorpresa hasta el pasmo, revelada por Juan Valera cuando prologa *Azul* en Madrid, el 22 de octubre de 1888, por el afrancesamiento de Rubén Darío, vislumbrando su genio.

Los comentarios de Rubén Darío acerca del teatro de la actriz francesa son entusiastas y es natural que así sea; se ha producido en torno de ella una polarización, un hechizo. Muy pocos entienden la lengua de Racine, pero no importa, nadie entendía el latín de la antigua misa, según Louis Jouvet, y los fieles la seguían devotamente. Más que todo interesa el rescate logrado por doña María Consuelo Saavedra Jarpa de unas páginas originales de su padre, que da a la publicidad, no sólo en la conmemoración de un aniversario, más bien como un serio aporte a la cultura chilena.

LUIS MERINO REYES

LAS HORAS SUCESIVAS

De Jorge Jobet

Ediciones Mar del Plata, 1987.

El tema de este libro de Jorge Jobet es el amor. Un suceso que siempre parece estar al alcance de la mano pero que, a la vez, es difícil de apresar o poseer por el intento poético. A través de sus páginas observamos cómo el poeta sustenta el sentimiento como arquetipo que da sentido a la construcción de la vida; cerca de un desbordamiento de los arrestos nupciales que el ser lleva dentro. Nuestro lírico cree, como también lo pensaba Aragón, que "el amor es el primero en salir de sí mismo". De ahí que contemple, endevotado, su exaltación entre ascensos y descensos y lo vea como ligamento para los sentidos, proclive a dar frutos, a crear climas nuevos, como hombre que por él se levanta y desarrolla a resplandores convulsivos. Jobet parece encontrar el nexo por qué el lazo de unión máximo del ser está más cerca del *eros* succionador que de la *philia* griega, que es amistad sin estallidos; por qué está unido a la excitación de las fuerzas que el individuo